

Discurso pronunciado en la inauguración del Instituto Sanmartiniano de Córdoba

POR EL

Ing. Rodolfo Martínez

Rector de la Universidad

La Universidad de Córdoba se complace en expresar su adhesión a este acto solemne del Instituto Sanmartiniano, que deja así públicamente establecida su filial en esta ciudad, cuyo destino es contribuir a la patriótica obra de aquél, señalada en forma precisa en el artículo 2º. de sus bases doctrinales: "el estudio y la docencia permanente y metódica del factor principal de nuestra argentinidad, el Libertador José de San Martín".

Al saludaros, señores miembros del Instituto, os agradezco que hayáis elegido esta Casa para rendir vuestro primer homenaje oficial al más grande de los argentinos. Honor insigne para ella que en su tribuna, dignificada tantas veces por sabios y maestros, sea donde encienda su lumbre la corporación encargada de mantener su culto entre los hombres y difundir el conocimiento de su personalidad extraordinaria; diríase una orden de caballeros de la Patria, resuelta a velar sin descanso en la continuidad del tiempo por el recuerdo fervoroso de la más pura de sus glorias.

Y permitidme que os diga que habéis elegido bien. Cuando se quiere en Córdoba que algo tenga la autoridad máxima que ella misma pueda ofrecer, cuando se anhela que un acto asuma la dignidad histórica que una celebración reclama, o que la re-

audacia, la montaña misma se inclinó ante el héroe y abrió sus rutas al paso de las huestes vencedoras.

Y Mitre, autor de la historia magistral, Avellaneda el de los discursos magníficos en los días de la repatriación, y Sarmiento, Pellegrini, Roca, Sáenz Peña, González y Quintana, para no citar sino las cumbres, todos lo miraron como la expresión más pura de la gloria militar, como el mayor ejemplo de la virtud ciudadana.

Las naciones tienen sus héroes que les dan fama, juristas que les aportan las leyes necesarias para su organización y destino, generales que les brindan laureles, estadistas que les salvan en los momentos de duda y de dolor, pero a veces por sobre todos, para felicidad de aquéllas, surge uno indiscutido, a quien se señala como síntesis y ejemplo de la estirpe, que sobrepasa el prestigio nacional y adquiere una proyección propia en el escenario del mundo; entonces ya no es solo su patria, ya son otras naciones y otras patrias, las que bendicen su memoria y lo admiran; ya no es un ciudadano de una república o un reino, entonces es un continente que siente la obligación de recordarlo y son varias las banderas que se mezclan y se inclinan ante su bronce o su mármol; entonces es la humanidad quien le señala un sitio entre los grandes de todos los pueblos y de todas las razas.

Y allí está nuestro héroe en el escenario nuestro; perfila su silueta en el panorama sin límites; y allí Alejandro y Federico, Aníbal y César, Napoleón, Washington y Bolívar. Allí está José de San Martín sin ceder en altura, con las manos limpias de opresión, el corazón fatigado de triunfo, de gloria y de dolor.

San Martín no es para nosotros ni un guerrero genial, ni un ciudadano ejemplar, ni un alma santa, ni una honradez sin flaquezas, ni un fundador de naciones, ni un libertador de pueblos; es todo eso y es más porque es la Patria misma de la cual es símbolo sagrado como expresión de sus virtudes excelsas, Patria de la que es padre porque de su obra surgiera aquélla y de la que es al mismo tiempo el primero y más noble de sus hijos.

En cualquier nación, en cualquier tierra, su personalidad serviría de orgullo al pueblo más heroico o más virtuoso, su fi-

gura en la historia humana representa un valor espiritual de tan destacados contornos, que resulta uno de esos varones con que Dios parece obsequiar a los hombres para que éstos crean en Él, al mirar lo que representan y lo que son esas criaturas que formadas del mismo barro, tienen realmente el sello inconfundible de su imagen y semejanza.

El espíritu de los hombres reclama siempre para fijar merecimientos las comparaciones de los héroes y el paralelo es el método que busca la justicia muchas veces para señalar calidades o virtudes; no se repara que estos grandes valores que Dios envía para gloria de la propia humanidad son sólo iguales a sí mismos y que no pueden compararse entre sí porque cada uno tiene o en su virtud principal o en la situación en que despliega su actividad, factores que les asignan una individualidad que no permite una equitativa repartición de la gloria por los espíritus críticos que aspiran a distribuirla. Sólo se consigue a veces, y con dolorosa frecuencia, el disminuir auténticos merecimientos.

Tal ha sido la equivocada posición que admiradores de los dos libertadores sud-americanos han tomado en alguna ocasión, resultando que la posteridad y por honrarlos les hacía hacer lo que ellos no hicieron y no quisieron hacer: ponerse frente a frente para disputar laureles.

Guayaquil tuvo la honra inmensa de tenerlos juntos, en la conferencia del 26 y 27 de Julio; el uno salió con su espada a rubricar la libertad de América en la página final de la epopeya, el otro salió con su cruz a predicar al mundo abnegación y a aliviar su alma de fatigas y de fama. Siguió el uno brillando en la polvareda de los combates, siguió el otro enseñando en la majestad de su ostracismo. No hay paralelo posible, eran dos luces distintas, pero dos luces del genio!

No nos asombremos de descubrir en San Martín nuevos blasones. Toda palabra que se diga de él puede exaltar otra faceta ejemplar.

Por todo lo que hizo se le considera inmortal, pero además por lo que no hizo, su existencia revela una armonía perfecta de predestinado, que cumple "sin prisa y sin pausa" una misión su-

prema, para concluir la con extraña serenidad, como acaban su camino las estrellas que se van del firmamento, sin quebrar por eso el equilibrio del mundo. Sin duda comprendió el sentido de su destino y supo vivirlo a la luz de aquella profunda sabiduría de las cosas del espíritu que, al decir de San Pablo, "es vida y es paz".

Hoy, cuando América acrecienta su unidad y cuando el espíritu continental al llamado de una realidad dramática nos señala el camino del destino y el interés común, es momento propicio para que consagremos al culto del Gran Capitán, como lo desea y estimula el Instituto Sanmartiniano, nuestro mayor entusiasmo. Tengamos presente que él fué factor principal de la libertad de esta misma América que deseamos ver en marcha hacia un destino glorioso.

Recordemos, pues, en este acto de excepcional homenaje al Libertador, porque es la iniciación de un culto permanente, a los países hermanos, cuya fraternidad es un mandato de la historia y cuya cordialidad y simpatía es una tradición de la vida argentina. Unamos las imágenes de los dos libertadores, no para señalar diferencias, sino para considerarlas como símbolo de una superior comunidad, y como ejemplo a seguir ante la grave responsabilidad de la hora que vivimos.

Y para terminar, señores, invoquemos su grande espíritu en estas circunstancias cruciales para el mundo y para la República.

Que él guíe a nuestra Patria a un prestigioso destino; que las dificultades en la tarea que el porvenir nos depara puedan ser salvadas con esfuerzo noble y constante. Y que todos los que tenemos parte responsable en la dirección de la vida colectiva seamos capaces de dar a la juventud el ejemplo de dignificar con la conducta la ciudadanía y servir sin pasión a la justicia. Esta será nuestra mejor ofrenda al país y nuestro mayor homenaje al "Santo de la Espada"!
